

Mágico pero sobre todo tranquilo:
el estanque del castillo en la actualidad.



BÜDINGEN Y SUS FRÄÄSCH



◀ el asunto como zanjado con éxito. ¿Y la condesa Elisabeth? De alguna manera, la intervención de los habitantes de Büdingen la había convencido.

No se sabe si las ranas la volvieron a molestar alguna vez o si quizá se acostumbró a los sonidos nocturnos y se convirtió en una verdadera ciudadana de Büdingen.

Desde entonces, a los habitantes de Büdingen se les conoce como **Beuringer Frääsch** (en honor a las ranas). Para ellos es un título honorífico.

Hoy en día, las ranas representan a los ofendidos y de ahí proviene también un refrán típico de Büdingen: «Nun sei kein Frosch!» (¡No seas rana!). *Dr. Klaus-Peter Decker, historiador*

LA GUERRA
DE LAS RANAS

¿A qué deben los habitantes
de Büdingen el apodo
BEURINGER FRÄÄSCH?

¿Por qué hay tantas ranas en Büdingen? Klaus-Peter Decker, historiador y archivero del castillo, ha investigado y descubierto la «espeluznante» historia de la guerra de las ranas. ¡Disfrute de la historia!

Nos encontramos en el año 1522. El conde Anton de Ysenburg y Büdingen ha celebrado su boda en la tierra natal de su esposa, Elisabeth de Wied, y la lleva de vuelta a casa. Büdingen les ha preparado un lujoso recibimiento con banderillas de boda, arcos triunfales, tiros al cielo y hogueras. ▶

BÜDINGER TOURISMUS
UND MARKETING GMBH

MARKTPLATZ 9 · D-63654 BÜDINGEN
TELÉFONO: +49 (0)6042 96370
WWW.BUEDINGEN.INFO
MAIL@BUEDINGEN.INFO
WWW.FACEBOOK.COM/BUEDINGEN
INSTAGRAM: BUEDINGEN_HIER.LEBT.GESCHICHTE



BÜDINGEN

– hier lebt Geschichte –



BÜDINGEN

– hier lebt Geschichte –

BÜDINGER TOURISMUS
UND MARKETING GMBH

MARKTPLATZ 9 · D-63654 BÜDINGEN
TELÉFONO: +49 (0)6042 96370
WWW.BUEDINGEN.INFO
MAIL@BUEDINGEN.INFO
WWW.FACEBOOK.COM/BUEDINGEN
INSTAGRAM: BUEDINGEN_HIER.LEBT.GESCHICHTE



Fotos: ©Björn Leo

Büdingen y sus Frääsch [ranas]:

◀ Tras la fatiga del viaje y el no menos agotador ritual de recibimiento, llega por fin la noche en la que el conde Anton lleva a su joven novia en brazos a través del umbral. Mientras el conde Anton, hundido en la almohada, empieza a roncar, la condesa Elisabeth se despierta de repente.

En el estanque del castillo ha empezado un concierto: es ruidoso y no precisamente armónico. Se trata del croar, gorgojo y borboteo de cientos de ranas.

La condesa Elisabeth le clava el codo en las costillas a su marido y este se despierta sobresaltado. Elisabeth dice: «**iMe lo habías ocultado! No lo soporto. Es motivo de divorcio. El croar, estos ruidos... Me dan migrañas. ¡Mañana mismo vuelvo a casa de mi padre!**». Anton dice: «**No puede ser tan malo. Yo no lo oigo. Tanto yo como mis ciudadanos estamos acostumbrados desde que somos niños. Lo más probable es que incluso se despierten si dejan de croar**». Elisabeth dice: «**iJamás me acostumbraré! Haz algo o me iré. Haré que se anule el matrimonio por no haberlo consumado a consecuencia del miedo a estos ruidos**».

Entonces, el conde Anton se levantó suspirando y llamó al mayor-domo. «**Antes de finalizar el día, los ciudadanos de Büdingen deben asegurar la calma**», anunció Anton, «**y exterminar o ahuyentar a las ranas, sea como sea. ¡Tal es mi deseo y mi orden!**». Entonces, el alcalde hizo sonar las campanas muy alto, y los habitantes se congregaron, a medio vestir, algunos con ballestas y armaduras, aunque la mayoría iban vestidos de burgueses.

Así, sin haber desayunado, los hombrecillos, las mujercillas y los jóvenes atravesaron el bosquecillo, hasta llegar a las acequias del castillo. Al principio, las ranas parpadearon sorprendidas. Aquello, sin embargo, fue su desgracia. Los ciudadanos echaron

mano de los animales en movimiento, llenaron cestas y cubos con aquellos bichos verdes, llevaron todo a la plaza del mercado y lo custodiaron todo desde cerca.

Lentamente, el croar fue disminuyendo en el castillo. Cuando el sol de mediodía se situó por encima de la torre del castillo, ya no se escuchaba nada. La condesa Elisabeth se estiró antes de darle al conde Anton un besito de reconciliación. Este estaba radiante de felicidad y murmuró: «**iVaya con los habitantes de Büdingen!**». El ruido había aumentado en la plaza del mercado hasta un nivel insoportable. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo se iban a deshacer ahora de las ranas?

Que lo haga el bombero, dijo alguien. Aunque son demasiado húmedas para una hoguera. Las ancas de rana a la barbacoa no están de moda. Pues que se encarguen los carniceros, dijo el posadero. Aunque se acogieron a su gremio y las ranas no forman parte de él. ¡Pues solo quedan los soldados! Pero el capitán de los soldados hizo un gesto negativo con la mano, asustado. Solo habían estado practicando el tiro al blanco. El alcalde salió al mercado: «**Hemos encontrado la solución al problema de las ranas. Las ahogaremos en el arroyo de Seemenbach**».

A los ciudadanos se les encendió la bombilla. ¡Cómo no se les había ocurrido antes!

Llenaron los cestos, cubos, sacos y bolsas de yute, se los echaron al hombro y se dirigieron con el agitado contenido al puente de Mühltor. En la Schlaghaus abrieron los recipientes y dejaron que el contenido cayera al Seemenbach. Un pequeño movimiento en el agua y después desaparecieron. «**iFunciona, funciona!**», gritaron alegres los habitantes de Büdingen.

No obstante, esa tarde se volvió a escuchar un pequeño croar. «**Solo puede ser el eco de las pocas ranas que han sobrevivido y han navegado en dirección Düdelsheim**», afirmó el alcalde, y dejó ▶

